



**ANDRÉ
COMTE-SPONVILLE**
DICCIONARIO
FILOSÓFICO

PAIDÓS

ANDRÉ COMTE-SPONVILLE

DICCIONARIO FILOSÓFICO

Traducción de Jordi Terré

PAIDÓS

Título original: *Dictionnaire philosophique*, de André Comte-Sponville
Publicado originalmente en francés en 2001 por Presses Universitaires de France, París

1.^a edición, 2005

1.^a edición en esta presentación, abril de 2020

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Presses Universitaires de France / Humensis, 2013

© de la traducción, Jordi Terré

© de todas las ediciones en castellano,
Editorial Planeta, S. A., 2005
Paidós es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona, España
www.paidos.com
www.planetadelibros.com

ISBN 978-84-493-3697-3

Depósito legal: B. 5.512-2020

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

Impreso en España – *Printed in Spain*

SUMARIO

| | |
|--|-----|
| <i>Prefacio</i> | 11 |
| Diccionario filosófico | 15 |
| <i>Nota bibliográfica</i> | 561 |
| <i>Índice alfabético de entradas</i> | 563 |

A

Abad Este vocablo significa «padre» (*abba* en arameo, y luego en griego y latín «eclesiásticos»). Voltaire pretendía que los abades hicieran hijos, que al menos así servirían para algo... Llevaba un poco lejos el amor por la etimología.

Un abad es, en primer lugar, el superior de un monasterio o, en la actualidad, un sacerdote cualquiera: es el padre espiritual de sus monjes o sus feligreses. Voltaire les reprocha su riqueza, su vanidad y sus abusos. «Habéis sacado provecho de los tiempos de ignorancia, de superstición y de demencia, para arrebatarnos nuestras pertenencias y pisotearnos, y para engordar con la sustancia de los desgraciados: temblad, pues el día de la razón ya se acerca» (*Diccionario filosófico*, artículo «Abad»). No podríamos quitarle la razón, tratándose de los abades de su época. Pero, actualmente, cuando tantas abadías se encuentran desiertas, o casi vacías, a menudo he lamentado, bajo sus sublimes y abandonadas bóvedas (en Noirlac, en Sénanque, en Fontenay...), esta desafección, esta desherencia, y he experimentado, con respecto a esos formidables constructores, y de tan evidente elevación espiritual, no sé qué mezcla de gratitud, admiración y nostalgia... ¿Ha llegado ya el día de la razón? No llegará jamás. Sin embargo, Voltaire, si regresara entre nosotros, tendría el sentimiento de haber conseguido la victoria, contra los sacerdotes y los inquisidores. ¿Cuántas abadías fueron arrasadas por la Revolución? ¿Cuántas otras transformadas en granjas, en almacenes y, ahora, en museos? Cada vez hay menos monjes. Cada vez más turistas. ¿Cuántos de entre nosotros nos sentimos indignos de aquéllos? Construimos hoteles en lugar de abadías, hospitales en lugar de conventos, colegios en lugar de iglesias... Sería un error que lo lamentáramos. Pero ¿por qué es necesario que sean tan feos, tan insignificantes y tan desoladores en su insípidez? ¿Para que no nos digan nada al corazón o al alma?

Habernos desembarazado de la Inquisición y del diezmo, de los abades de la corte, de esa obscena colusión del trono y el altar, del despotismo y la superstición, es algo evidentemente afortunado. Al menos en parte, se lo debemos a Voltaire y sus amigos. ¡Demos gracias a la Ilustración! Pero ¿acaso por eso debemos hacernos ilusiones sobre nuestra época? ¿Considerar el turismo como una forma de espiritualidad, el arte como una religión y las actividades

ociosas como un arte? ¿Adorar la audiencia televisiva, el CAC 40* y la selección francesa de fútbol? Lo que ha llegado no es el día de la razón. Es el día del capitalismo triunfante, con el que soñaba Voltaire, pero que actualmente domina hasta el mercado de la cultura y la información; es el día de los medios de comunicación, del espectáculo mercantil, de la comunicación universal y narcisista. «Hábleme de mí, no hay otra cosa que me interese...» Y filmar la propia vida sin solución de continuidad por Internet... ¿Es eso preferible a la Inquisición? Sin duda. Pero no es suficiente para salvar a una civilización.

Los tiempos cambian. Poder encontrarse con un abad, hoy día, incluso para el librepensador que yo soy, constituiría más bien una buena sorpresa: por lo menos, me diría, ése es alguien que no se ha olvidado por completo de lo esencial, que no ha vendido su vida al mejor postor, con el que podría tener auténticas discrepancias, y no esa mezcla de cansancio e irritación que me inspiran tantos de mis contemporáneos. El combate por la Ilustración, los derechos humanos y la felicidad continúa. Pero los adversarios han cambiado. Razón de más para acometer —es el primer nombre que Voltaire había dado al suyo— un nuevo *Diccionario filosófico portátil*...

Abnegación Es la virtud del sacrificio: el olvido o la donación de sí, cuando no es patológica. Lo contrario, en consecuencia, del egoísmo, como un altruismo en vacío. No consiste tanto en vivir para otro como en renunciar a sí mismo. Virtud siempre sospechosa (¿es abnegación o masoquismo?, ¿pulsión de vida o pulsión de muerte?) que sólo vale por la alegría que implica o permite, lo que ya no es abnegación, sino amor o generosidad.

Absolución Se utiliza, en el lenguaje jurídico, en contraposición con la exculpación: se exculpa a un inocente; se absuelve a un culpable, cuando no se puede (porque la ley no lo prevé) o no se quiere (si ella no lo impone) castigarle.

Pero es, ante todo, el nombre sacramental del perdón. En este sentido, únicamente Dios, si existe, podría absolvernos, es decir, borrar o condonar nuestros pecados. Hay que advertir que esto implica la suposición de que somos culpables; lo que dice mucho sobre la religión, y quizá también sobre el ateísmo.

Absoluto Como adjetivo, caracteriza a todo lo que es completo (*absolutus*), total, sin restricción ni reserva. Se dirá por ejemplo: poder absoluto, confianza absoluta, saber absoluto... En general, se trata de un abuso de lenguaje. La humanidad, para cualquier mente lúcida, constituye una restricción suficiente.

Pero el término, en su uso filosófico, se utiliza sobre todo como sustantivo. El absoluto es entonces lo que existe independientemente de toda condición, de todo límite, desde cualquier punto de vista, y, en consecuencia, de forma autónoma o separada.

* El CAC 40 es un índice bursátil francés, equivalente del IBEX 35 español. (*N. del t.*).

El absoluto debe ser causa de sí (de otro modo, dependería de su causa) o existir por sí mismo (de otro modo, sería relativo): sólo puede ser Dios o todo. Aquello de lo que todo depende no puede depender de nada. El conjunto de las relaciones no es relativo.

Es otra manera de nombrar al ser en sí, o al ser por sí mismo. Que nosotros no tengamos acceso a él, sino de modo relativo, no impide que nos contenga.

Abstracción «No hay más ciencia que la de lo general —decía Aristóteles—, ni más existencia que la de lo singular.» Por eso toda ciencia, por definición, es abstracta: porque aspira a la generalidad de una ley, de una relación o de un concepto, y no a la singularidad de una existencia; porque no existe, en tanto que ciencia, sino a condición de apartarse (*abstrahere*) de lo real inmediato. Esto también vale para la filosofía, como para cualquier esfuerzo teórico. No hay pensamiento concreto: un pensamiento concreto sería el mundo, que no piensa, o Dios, que no podemos pensar. Es lo que nos separa de ellos: Dios y el mundo, para nosotros, sólo son abstracciones.

Abstraer es separar, aislar con el pensamiento lo que sólo existe junto a otra cosa, o al contrario, juntar lo que sólo existe separadamente. Por ejemplo un color, si lo considero de modo independiente —se dirá también: *abstracción hecha*— de todo objeto coloreado (el rojo es una abstracción), o una forma, si la considero independientemente del objeto cuya forma es, incluso de todo objeto material (el triángulo, el cubo, la esfera... son abstracciones); o bien, un conjunto de objetos, si paso por alto sus diferencias (el conjunto de los objetos triangulares, o cúbicos, o esféricos, el conjunto de los hombres o el de los seres vivos, son también abstracciones). De ahí la geometría, la física, la biología, y todas las ciencias.

Es como un rodeo por el pensamiento, que sería como un atajo hacia lo verdadero, como una simplificación obligada. Lo real es inagotable, siempre; pero el pensamiento se agota. De donde resulta esta comodidad, por no decir pereza, de la abstracción. De otro modo, ¿tendríamos necesidad de un diccionario? Pero ningún diccionario es el mundo, ni tampoco ninguna lengua.

Intentad describir completamente una piedra. Os daréis cuenta, por lo imposible, que es una abstracción: una idea que no se corresponde con su objeto más que renunciando a contenerlo por completo, e incluso a parecersele. Así, la idea de piedra e, incluso, la de esta piedra. La abstracción es el lote correspondiente a todo pensamiento finito, o la finitud, para nosotros, de todo pensamiento.

Cualquier idea, incluso verdadera, es abstracta, porque ninguna idea se parece a su objeto (Spinoza: el concepto de perro no ladra, la idea de círculo no es redonda), ni podría reproducir en nosotros, si el objeto existiera fuera de ella, su inagotable realidad. Pero lo son desigualmente: *color* es más abstracto que *rojo*, y menos abstracto que *apariencia*. Sobre todo, hay un buen y un mal uso de las abstracciones, según que nos acerquen a lo real o nos alejen de él, lo descubran o lo enmascaren.

Se habla también de pintura abstracta, cuando renuncia a la figuración. En esta renuncia hay una parte de necesidad: reproducir siempre es elegir, transformar, separar, acercar, simplificar, es decir, abstraer. Toda figuración es abstracta al menos en algo, no a pesar de ser figurativa, sino porque lo es. La pintura no figurativa podría llamarse concreta, al no estar separada de nada que intente imitar o reproducir: ¿qué puede haber más concreto que una mancha de color sobre una tela? Si se le llama pintura abstracta, sin embargo, es porque parece separada del mundo real (es, sin duda, una ilusión: lo cierto es que forma parte de él) y porque renuncia efectivamente a imitarlo. Esto constituye algo así como una abstracción redoblada, que separa la pintura de todo objeto exterior para solamente entregarla ya a sí misma, o al espíritu. Quizá sea lo mismo que confundir la pintura con el pensamiento, como un filósofo que quisiera dibujar sus conceptos...

Absurdo No es la ausencia de sentido. Un eclipse no quiere decir nada, pero no es por eso absurdo. Y a la inversa, una frase cualquiera no puede ser absurda, más que a condición de significar algo. Así, no dejo de reunir ejemplos tradicionales: «Sobre una montaña sin valle, cerca de un círculo cuadrado, incoloras ideas verdes dormían con furia...». ¿Quiere esto decir algo? Sí, porque, no obstante, se entiende totalmente la imposibilidad que hay que pensar o comprender en ella. Por eso podemos juzgar que esa frase es absurda, cosa que no podríamos decir de una frase, si hubiera una, totalmente desprovista de sentido (por ejemplo, «Ofym idko rufiedy ud kodziriaku»). El absurdo es más insensato que insignificante. No es la ausencia de sentido, sino su inversión, su explosión, su contradicción o su deconstrucción, si se puede decir así, desde dentro. Es absurdo lo que es contrario a la sensatez o al sentido común: contrario a la razón, a la lógica o a la humanidad corrientes. Por eso se encuentra a veces ahí una especie de poesía onírica o un poco loca, que constituyó durante un tiempo el encanto del surrealismo. Por eso el absurdo es también esencial para cierto tipo de humor, mientras que la insignificancia, en cualquier cosa, aburre. Fijaos en Woody Allen o en Pierre Dac. Por lo tanto, no es ausencia de sentido, sino un sentido demasiado paradójico o demasiado contradictorio para poder ser pensado o aceptado completamente. Por ejemplo, esta frase de Woody Allen: «La eternidad es larga, sobre todo hacia el final». Porque no hay final. O ésta de Pierre Dac: «A la eterna triple pregunta, que siempre permanece sin respuesta, yo respondo: “Por lo que a mí me concierne personalmente, yo soy yo, vengo de mi casa y a ella regreso”». ¿No responde eso ya a la pregunta? Sí, aunque invalidándola. El absurdo no es ni todo el humor, ni siempre humorístico, como tampoco todo humor es absurdo. Se parecen porque su sentido no es el bueno o el común. Por eso hacen reír o dan miedo.

¿Es absurdo el mundo? No podría serlo más que a condición de tener un sentido, que no sería el nuestro. El absurdo, señala Camus, nace siempre de una comparación entre dos o varios términos desproporcionados, antinómi-

cos o contradictorios, y «el absurdo será tanto mayor en la medida en que la separación aumente entre los términos de la comparación». Por ejemplo, «si yo veo a un hombre con un arma blanca atacar a un grupo con metralletas, juzgaré que su acto es absurdo; pero sólo lo es en virtud de la desproporción que existe entre su intención y la realidad que le espera, de la contradicción que me es posible captar entre sus fuerzas reales y la meta que se propone». No hay absurdo en sí, ni por sí: no hay absurdo absoluto. «El absurdo es esencialmente un divorcio. No está ni en uno ni en el otro de los elementos comparados. Nace de su confrontación.» El mundo no es absurdo: lo absurdo, explica *El mito de Sísifo*, consiste en «esta confrontación entre la llamada del hombre y el silencio irrazonable del mundo». Que el mundo carezca de sentido, eso sólo lo vuelve absurdo para nosotros, que buscamos uno. Por eso el absurdo es «un punto de partida», no un punto de llegada. Si alguien supiera aceptar el mundo, en su silencio, su indiferencia, su pura y simple realidad, el absurdo desaparecería: no porque hubiéramos hallado un sentido, sino porque habría dejado de echarse en falta. En eso consiste la sabiduría última de *El extranjero*: «Vaciado de esperanza, ante esta noche cargada de signos y de estrellas, me abría por primera vez a la tierna indiferencia del mundo. Por experimentarla tan semejante a mí, tan fraternal en suma, sentí que había sido feliz, y que todavía lo era...». Eso expresa suficientemente lo que es el absurdo: no la ausencia del sentido, sino su fracaso o su falta. Y eso es la sabiduría: la aceptación colmada no de un sentido, sino de una presencia.

¿Es absurda la vida? Sólo en la medida en que le busquemos un sentido, que sólo podría existir —sentido es ausencia— fuera de ella. ¿Y qué otro *afuera* existe, para la vida, sino la muerte? «Buscar el sentido de la vida —escribe François George— es un contrasentido acerca de la vida.» En efecto, es pretender amarla por algo distinto de ella, que sería su sentido, mientras que todo sentido, al contrario, la supone. Porque la vida «debe ser su propia finalidad», como decía Montaigne, no es ni absurda ni sensata: real, sencilla, maravillosamente real, y amable, si la amamos.

Eso es lo más difícil: no comprender la vida, como si fuera un enigma por resolver, sino aceptarla tal cual es —frágil, fugitiva—, y gozosamente si es posible. Sabiduría trágica: sabiduría no del sentido, sino de la verdad, no de la interpretación, sino del amor y del talante.

Arthur Adamov, en este punto, dijo lo esencial: «La vida no es absurda; sólo es difícil, muy difícil».

Absurdo (razonamiento por el -) Es un tipo de razonamiento que prueba la verdad de una proposición mediante la aparente falsedad de una, al menos, de las consecuencias de su contradictoria. Para demostrar p , se propone la hipótesis de $no-p$, y se demuestra que desemboca en un absurdo. Así demostraba Epicuro la existencia del vacío (p): Si no hubiera vacío ($no-p$), no habría movimiento (al no tener espacio los cuerpos para moverse); ahora bien, esta consecuencia es evidentemente falsa (porque está desmentida por la experiencia); por tanto,

el vacío existe. Este tipo de razonamiento, que también se llama apagógico, reposa, como puede verse, en el principio del tercero excluido (p o $no-p$: si una proposición es falsa, su contradictoria es verdadera). Es formalmente válido, pero sólo es probatorio si la contradicción, la falsedad y la consecuencia son seguras, lo que, en filosofía, raramente ocurre. El razonamiento de Epicuro sobre el vacío no convenció a los estoicos, ni convencerá a los cartesianos.

Absurdo (reducción al -) Es como una variedad negativa del precedente, que sería también su comienzo: la reducción al absurdo demuestra la falsedad de una proposición a partir de una, al menos, de sus consecuencias, cuya contradicción o absurdo muestra. Es seguir a su adversario para refutarlo; o mejor, es acompañarlo hasta el final, donde se refuta a sí mismo.

Lógicamente válido, el razonamiento apenas tiene eficacia filosófica. Sobre las consecuencias y el absurdo, casi siempre es posible discutir.

Abulia Impotencia de la voluntad. El término designa una patología (la incapacidad para actuar de manera voluntaria y reflexiva), o bien no es más que un eufemismo para expresar la indolencia, la cobardía y la pereza. Un síndrome, pues, o una falta.

Abuso Cualquier tipo de exceso. Pero el término designa especialmente un exceso en el ejercicio del derecho: el abuso es como una injusticia legal, o que parece serlo (menos una transgresión de la ley que una utilización indebida), y, por tanto, lo contrario de la equidad.

Academia El nombre propio designa, en primer lugar, a la escuela de Platón (porque enseñaba en los jardines de *Akadémos*, al noroeste de Atenas), y que se convirtió más tarde, contra la orientación de su fundador, en un foco del escepticismo. Fue una forma, quizá, de regresar a Sócrates, alejándose de Platón.

Por extensión, el nombre común puede designar a cualquier agrupación de espíritus cultos o expertos, o que se suponen tales.

Academicismo Es la sumisión exagerada a las reglas de la escuela o de la tradición, en detrimento de la libertad, la originalidad, la invención y la audacia. Una inclinación a imitar, de los maestros, lo que es efectivamente imitable (la doctrina, la manera, los tics), más que lo que verdaderamente importa, que es inimitable. Hablando llano, es el gusto inmoderado por el estilo culto o universitario: una forma de dirigirse a los propios colegas antes que al público. En vano: los colegas son rivales, que se aburren tanto como los demás y que, además, odian.

Académico Propio de la escuela o la universidad. Se utiliza con mayor frecuencia en sentido despectivo («un estilo académico»). Es casi sinónimo de escolar, con pretensiones. O de escolástico, sin teología.

Académicos Son los miembros de una academia, o de la Academia (la de Platón y, luego, la de sus sucesores). En la lengua filosófica de los siglos *xvi* y *xvii*, el término designa, sobre todo, a una variedad de escépticos, en referencia a la Nueva Academia: la de Arcesilao, Carnéades y Clitómaco. Éstos, recuerda Montaigne, «desesperaron de su búsqueda y juzgaron que la verdad no podía concebirse por nuestros medios». ¿Cuál es la diferencia con los pirrónicos? Es doble, explica Montaigne: los académicos afirman la incertidumbre de todo (mientras que Pirrón no afirma nada), reconociendo que existen grados de verosimilitud (mientras que Pirrón no reconoce nada). Escepticismo, a la vez, más extremo y más moderado: algo así como un escepticismo dogmático («una ignorancia que se conoce», escribe Montaigne, o que pretende conocerse), y que desembocaría en un dogmatismo escéptico (un dogmatismo de lo probable). La posición de los pirrónicos es la contraria: escepticismo escéptico (una ignorancia que «se ignora a sí misma»), y que sólo aboca a la duda o al silencio.

Accidente Es lo que le acaece (*accidere*: caer sobre) a una cosa o a alguien. El accidente se distingue de *eso a lo que* le acaece (una sustancia, un sujeto), de *eso sin lo que* el sujeto no puede existir (su esencia) y, finalmente, de las cualidades específicas o permanentes, que persisten y no suceden. Por ejemplo, que un hombre esté sentado es un accidente (podría estar de pie o acostado sin dejar de ser hombre). Su esencia consiste en ser humano. Lo propio de él es que sea capaz de razón, de política o de risa.

Por eso Epicuro decía que el tiempo es el accidente de los accidentes: a todo lo que sucede (por ejemplo, estar sentado) le sucede durar más o menos tiempo. El presente, en cambio, es lo propio del ser, del mismo modo que el ser es la esencia del presente.

De esto se deriva que todo es accidental, incluidas las propiedades, las esencias y las sustancias, porque todo existe en el tiempo. Contingencia del ser y necesidad del devenir: sólo existe la historia.

Acción Es un efecto de la voluntad. Ni una voluntad sin efecto, ni un efecto sin voluntad, son una acción. Actuar es hacer lo que se quiere, y en eso consiste ser libre.

Pero ¿quién quiere? El alma. ¿Y quién hace? El cuerpo, en la medida en que se pueda, ilusoriamente, distinguir a uno de la otra. Así, la acción es la sumisión del cuerpo al alma, y es libre incluso en este sentido. Se opone a la pasión, en la que el cuerpo manda (en la que el alma, como dice la palabra, *pa-dece*) y en la que se pierde la libertad.

Al suponer una acción siempre un sujeto, con su cuerpo y su historia, toda voluntad se encuentra siempre determinada antes de ser determinante. Por eso ninguna acción es libre, en un sentido absoluto, sino que tan sólo se libera, más o menos, de las constricciones y determinaciones exteriores. ¿Es posible liberarse totalmente? Parece que, en ocasiones, el pensamiento lo consiga, cuando razona. Pero la razón no produce efectos y no exime de actuar.

Aceptación Aceptar es hacer propio: es acoger, recibir, consentir, decir *sí* a lo que es o a lo que sucede. Es la única forma de vivir *homologóumenos*, como se decía en griego, es decir, en conformidad, indisolublemente, con la naturaleza y con la razón. ¿Rechazar? ¿Para qué, si eso no modifica en nada lo que es? Más vale aceptar y actuar.

No hay que confundir la aceptación con la tolerancia (que supone un resto de rechazo o de distancia), ni con la resignación (que supone un resto de tristeza). La verdadera aceptación es alegre. Por ese motivo constituye el contenido principal de la sabiduría. Así, en Montaigne: «Acepto de buena gana, y agradecido, lo que la naturaleza hizo por mí, y lo recibo gustoso y me felicito por ello...». O en Prajnânpad: «Lo que tengo que deciros es muy simple y puede resumirse en una sola palabra: *Sí*. Sí a todo lo que se presenta, a todo lo que ocurre... El medio consiste en saborear los frutos y las riquezas de la vida...». El medio consiste en comprender que sólo hay uno, que es el mundo, y que sólo se puede tomar o dejar. Aceptar es tomar.

La aceptación no es tampoco lo mismo que la voluntad: se *quiere* lo que depende de nosotros, como dicen los estoicos, y se *acepta* lo que no está en nuestras manos. Eso suscita un problema mayor, en el que acaba desembocando el escepticismo: ¿la propia aceptación depende de nosotros? Epicteto contestaba que sí, y es lo que la vida, lamentablemente, no deja de desmentir. Sin embargo, la aceptación tampoco depende de otra persona: depende no de lo que queremos, sino de lo que somos. ¿Y quién se elige a sí mismo? Por lo menos, uno puede conocerse, transformarse, progresar, avanzar... La aceptación no se decreta, sino que se aprende, se mantiene y se cultiva. Trabajo sobre uno mismo, que es el verdadero oficio de vivir.

¿Acaso es posible aceptarlo todo? ¿Incluso el mal? ¿Incluso lo peor? Es necesario hacerlo, puesto que es la única manera de afrontarlo. ¿Cómo podría curarse alguien, si no aceptara primero que está enfermo? ¿Cómo podría luchar, si no acepta el conflicto? Amar a los propios enemigos implica su existencia, y que se acepte tenerlos. Sabiduría de los Evangelios: amar consiste en decir sí. Pero no es una renuncia a la acción, al enfrentamiento o a la modificación. Por eso, el escultor debe aceptar el mármol, tal como el hombre de acción debe aceptar el mundo, para transformarlo. Por eso, los padres lo aceptan todo de sus hijos (lo que significa que los aman tal como son, sin renegar ni rechazar nada), pero no renuncian, sin embargo, a educarlos, ni incluso, si llega el caso, a castigarlos. No está prohibido prohibir, sino despreciar, rechazar u odiar. No está prohibido decir *no*, si se hace en función de un *sí* más libre o más nítido. Aceptación no es debilidad. Es fuerza lúcida y generosa.

Su contrario es rechazo, resentimiento, negación, denegación o forclusión. Es decir no al mundo, y el comienzo de la locura. La aceptación, al revés, es el comienzo de la sabiduría.

Acontecimiento Es más lo que sucede que lo que es o lo que dura: «No lo que subsiste, sino lo que ocurre» (Francis Wolff, *Dire le monde*, I). El aconteci-

miento se opone en este sentido a la sustancia, al ser, a la cosa: a todo lo que permanece. ¿Al mundo? Sólo si se presupone que el mundo está formado por cosas, esencias o sustancias. Pero podría ser que estuviera más bien constituido por acontecimientos: que el mundo fuera el conjunto de todo lo que sucede, como decía Wittgenstein, más que de todo lo que es (la totalidad de los acontecimientos, no de las cosas), o, por lo menos, que esta distinción sólo tuviera sentido para nosotros, que pensamos y vivimos en el tiempo, no para lo real, que sólo existe en el presente. Todo acontecimiento ocupa una determinada duración, por infinitesimalmente breve que sea: nada sucede sino en un presente que pasa. Toda duración está hecha de acontecimientos, independientemente de la lentitud o la rapidez de su transcurso: la expansión del universo, la deriva de los continentes, un niño que crece o que cae, un pájaro que emprende el vuelo... Suceder y durar, en el presente, son lo mismo: del mismo modo, el ser y el acontecimiento.

(Hay que observar que la noción de acontecimiento, en filosofía y contrariamente al uso histórico y periodístico del término, se encuentra la mayor parte de las veces desprovisto de toda pretensión normativa. Mientras que el lenguaje corriente sólo habla de acontecimiento a propósito de un hecho de cierta importancia —un tren que llega a su hora no es un acontecimiento, mientras que un tren que descarrila sí lo es—, los filósofos adoptan normalmente el término en su sentido neutro y su máxima extensión: todo lo que sucede o tiene lugar es un acontecimiento, incluso cuando no tuviera importancia para nadie. El único *no-acontecimiento*, para el filósofo, es el que no ocurre.)

Acosmismo El término fue forjado sobre el modelo de *ateísmo*: equivaldría a no creer en el mundo. Hegel veía en eso la posición de Spinoza, que sólo creería en Dios (*Enciclopedia...*, I, § 50). Evidentemente, es un contrasentido. Si Dios y la Naturaleza son una sola y misma cosa, la Naturaleza, por tanto, existe. Y el mundo, ya se defina como el conjunto infinito de los modos finitos (la naturaleza naturada) o como el modo infinito mediato del atributo extensión (la *facies totius universi* de la *Carta LXIV*), también existe: no es Dios (porque está *en* Dios y resulta de él), pero tampoco es nada. El spinozismo no es ni un ateísmo ni un acosmismo: la necesidad del mundo se deriva necesariamente de la potencia de Dios o de la naturaleza (*Ética*, I, 16), y la supone (I, 15 y dem.). O para decirlo de una manera más sencilla y como hacía Spinoza: «Cuanto más conocemos las cosas singulares, tanto más conocemos a Dios» (V, 24).

Acroamático Sinónimo culto o aristotélico de esotérico. Los escritos acroamáticos de Aristóteles son aquellos que se dirigen a sus alumnos, por contraste con los escritos exotéricos, casi todos extraviados, que se dirigen al gran público. La lectura de los primeros proporciona una alta idea de los alumnos de Aristóteles y hace lamentar la desaparición de los segundos, que los antiguos admiraban mucho.

Activismo Confianza exagerada en la acción y en sus poderes. Es lo contrario del teoricismo. ¿Cuál es su remedio común? La acción lúcida y reflexiva: el pensamiento en acto.

Acto Es lo que ha sido hecho (*actum*, del verbo *agere*, hacer). En sentido psicológico o ético, es un sinónimo de acción, con la excepción de que pueden existir actos involuntarios (los actos fallidos, los tics o las torpezas): lo que está hecho se opone a lo que sólo es padecido o experimentado. En sentido ontológico, el acto se opone a la potencia, como lo real (lo que está hecho) se opone a lo posible (lo que puede serlo). «El acto —decía Aristóteles— es el hecho de que una cosa exista en realidad.» Por ejemplo, la estatua se encuentra en potencia en el mármol, pero en acto sólo cuando el escultor la ha terminado.

Ambas nociones son, por supuesto, relativas. El roble se encuentra en potencia en la bellota, que existe en acto, del mismo modo que la bellota se encuentra en potencia en el roble. Y el mármol está en acto (real, completo y acabado) tanto antes como después de la estatua. El acto es, sin embargo, la noción primera, como había visto Aristóteles: lo posible nace de lo real, no lo real de lo posible.

En el presente, por otra parte, el acto y la potencia se confunden: lo único posible, aquí y ahora, es lo que es. Es el ser mismo, que es potencia en acto (*energeia*, *conatus*).

Acto fallido Es un acto que no logra alcanzar el resultado que se proponía su autor, cuando ese objetivo no presentaba dificultad alguna, y que alcanza otro resultado, sin proponérselo, por lo menos conscientemente: romper el vaso que se pretendía acomodar, extraviar un objeto que se quería conservar, olvidar una cita a la que se quería acudir, decir una palabra en lugar de otra (*véase* LAPSUS)... El psicoanálisis, que no cree en el azar, ve en ello la manifestación de un deseo reprimido, que perturba el encadenamiento consciente y voluntario de nuestros actos: todo acto fallido sería un discurso logrado. De lo cual yo censuraría sólo el adjetivo «todo». ¿Por qué el inconsciente iba a tener que salirse siempre con la suya? ¿Por qué no habría de tener el cuerpo sus fracasos, sus fallos y sus tartamudeos? ¿Por qué esta omnipresencia del sentido? A fin de cuentas, eso apenas importa. El inconsciente, para la razón, no es nunca más que un azar entre otros.

Actualismo Doctrina para la cual todo lo que existe es actual, o en acto. ¿Porque ya no existe lo posible? No. Sino porque lo posible y lo real, en el presente, son una y la misma cosa. El estoicismo y el spinozismo, por ejemplo, son actualismos: eso forma parte constitutiva, a mi manera de ver, de su verdad. No hay ser en potencia: sólo existe la potencia del ser, y su perpetuo *paso al acto*, que es el mundo o el devenir.

Adaptación Es cambiar lo que puede ser cambiado, para afrontar lo que no puede serlo. Por ejemplo, modificar los propios deseos, como decía Descartes, antes que el orden del mundo. O cambiar la sociedad, como podría decir un marxista inteligente, antes que la naturaleza humana.

En este sentido, la vida es adaptación: porque lo real le impone su ley, que es cambiar o morir.

Adecuación Es una correspondencia perfecta, o que se supone tal, entre dos seres, especialmente entre una idea y su objeto. Misteriosa correspondencia, puesto que estos dos seres se consideran diferentes, y siempre imposible de verificar absolutamente. El único medio del que dispondríamos para verificar tal adecuación consistiría en comparar el objeto con la idea. Pero sólo conocemos al uno y a la otra por medio de las ideas que nos hacemos de ellos...

Santo Tomás, siguiendo a Avicena y Averroes, definía la verdad como *adaequatio rei et intellectus*, adecuación entre la cosa y el entendimiento. Pero esta adecuación sólo es posible por la misma razón que la vuelve necesaria: porque la cosa y el entendimiento son dos. Habría que evitar pensarla en términos de semejanza. Si la idea de círculo no es redonda, si la idea de perro no ladra, estas ideas no podrían *parecerse* a un perro o a un círculo. Pero nos dicen, sin salir del pensamiento, la verdad: que ni el círculo ni el perro conocen.

«Entiendo por *idea adecuada* una idea que, en cuanto considerada en sí misma, sin relación a un objeto, posee todas las propiedades o denominaciones intrínsecas de una idea verdadera», escribió Spinoza. De otro modo, no se podría saber que es verdadera (porque no se podría comparar con su objeto sino a condición de que estuviera en nosotros, lo que no es el caso), y por eso nunca se puede conocer de un modo absoluto. Sin embargo, «una idea verdadera debe ser conforme con el objeto del que es idea», dice también Spinoza. Esta adecuación es el verdadero misterio del pensamiento. El universo ¿es adecuado a las matemáticas? ¿O son las matemáticas las que se adecuan al universo?

Dios sería la solución de este misterio. Pero, a pesar de Spinoza, no tenemos de él ninguna idea adecuada.

Admiración El término, en francés, significó, primero, «asombro». Por ejemplo, en Descartes: «La admiración es una súbita sorpresa del alma, que hace que ésta considere con atención los objetos que le parecen raros y extraordinarios». En este sentido, actualmente en desuso, Montaigne decía que «la admiración es el fundamento de toda filosofía». En ella veo una especie de lección que nos conduce al sentido moderno. Nada nos sorprende tanto como la grandeza, y ésa es la admiración verdadera: el alegre o agradecido asombro ante lo que nos sobrepasa.

Su contrario es desprecio; su ausencia, mezquindad.

Adoración «No adorarás más que a Dios.» Este mandamiento vale como definición: la adoración es un amor exclusivo por un objeto que lo justifica y lo so-

brepasa absolutamente. Aplicado a los seres de este mundo, es idolatría, fanatismo o credulidad. El amor cree en la perfección de su objeto, y lo ama por eso: exceso de credulidad, falta de amor.

Más vale la ternura, que no ama nada tanto como la debilidad de su objeto. O el amor, que confiere valor a lo que ama y no depende de él.

Hay que señalar que la adoración, en buena teología, no es recíproca (Dios nos ama, no nos adora), mientras que la caridad puede serlo. Adorar es guiarse según el modelo de los sacerdotes, antes que el de Cristo. Toda adoración es religiosa; sólo la caridad es divina.

Adquirido Es un accidente duradero: algo que sucede (no es ni una propiedad ni una sustancia) y permanece. En la práctica, se opone la mayoría de las veces a *innato*: es adquirido todo lo que la educación, la historia o la cultura, pero no la herencia o la naturaleza, hacen de nosotros.

La disputa entre lo innato y lo adquirido tuvo su esplendor en las décadas de 1960-1970. Lo innato se consideraba como de derechas, porque no dejaba ningún asidero a la política, a la justicia o a la historia, lo que lo abocaba, casi por definición, al conservadurismo. Lo adquirido, por el contrario, parecía de izquierdas, porque abría una puerta a la acción, al cambio y al progreso. Un semanario titulaba, por ejemplo: «Las capacidades no existen». Era un semanario de izquierdas. Dos medias verdades y un mismo error. Lo adquirido no es menos real que lo innato, ni menos injusto.

Un fenómeno humano un tanto complejo se sitúa siempre en la bisagra entre uno y otro. Por ejemplo, la capacidad lingüística es innata, y toda lengua es adquirida. ¿Y la inteligencia? ¿Las dotes? Implican, por supuesto, una base biológica y, por tanto, innata, pero también una historia, un perfeccionamiento y una educación: lo adquirido. Doble suerte, o desgracia.

Si a Mozart no le hubieran enseñado música, jamás habría escrito sus óperas. Pero ya podrían enseñarme a mí toda la música del mundo, que no llegaría a ser por eso Mozart. Lo innato y lo adquirido van unidos, siempre, tanto para reforzarse mutuamente como para equilibrarse o estorbarse. Nacemos hombres y luego nos volvemos humanos.

Esto vale tanto para el individuo como para la especie. La historia natural es una historia, del mismo modo que la historia humana forma parte de la naturaleza. De este modo, todo es adquirido, incluso lo innato.

Adulto Es aquel cuyo cuerpo ha dejado de crecer, y que ya sólo puede crecer anímicamente. Es permanecer fiel a la infancia, negándose a encerrarse en ella. Porque todos los niños quieren crecer. El infantilismo es una enfermedad de viejos.

Afasia Es la incapacidad patológica para hablar, pero más por razones neurológicas o mentales que fisiológicas, sensoriales o motrices. Trastorno del cerebro, más que del oído o de las cuerdas vocales.

No debe confundirse con la *aphasia* de Pirrón, que podría hablar, que a veces habla, pero que ya no tiene necesidad de hacerlo.

La afasia es una cárcel que nos recluye en el silencio. La *aphasia*, en cambio, una libertad, que nos abre a él. Pues no se trata del mismo silencio: uno se encuentra más acá de la palabra, y el otro más allá y conteniéndolas a todas.

Afección En Spinoza, es una modificación de la sustancia o del cuerpo (es necesario evitar confundir, a pesar de ciertos traductores, la *affectio* y el *affectus*, la *afección* y el AFECTO: véase este vocablo). Pero esta acepción sólo se utiliza entre especialistas. En lenguaje corriente, la afección es un afecto particular, y particularmente suave: un amor sin pasión, sin violencia ni celos. ¿Sin deseo? No necesariamente. Pero el deseo se le agrega, llegado el caso, en lugar de proceder de él o de ser engendrado por él, a menos que sea la propia afección, como puede suceder, la que se agregue al deseo.

La afección puede referirse a varias personas, no a todas (es lo que la distingue de la caridad). Su lugar predilecto es la familia y todo lo que se le parece: es el amor por los allegados o los íntimos, como una tierna amistad.

Afectación Es la imitación pretenciosa de un afecto: consiste en simular que se siente lo que no se siente, para distinguirse o hacerse valer. Así, el esnob imita la nobleza que no posee (nos referimos, por supuesto, a la nobleza del corazón: un aristócrata puede ser esnob) o la cultura que le falta, como el hipócrita hace ostentación de una devoción fingida. Es lo contrario de lo natural o la sencillez.

Afecto Es el nombre común y culto que se refiere a los sentimientos, las pasiones, las emociones y los deseos, es decir, a todo aquello que nos *afecta* agradable o desagradablemente. Se objetará que también el cuerpo es sensible. Por supuesto. Pero un afecto es como el eco en nosotros de lo que el cuerpo hace o padece. El cuerpo siente, pero el alma experimenta, y a eso es a lo que se llama un afecto.

¿Qué sería del dolor si no lo experimentara nadie? Una pura reacción fisiológica, que ya no sería un *dolor* propiamente dicho. Lo mismo sucede, evidentemente, con el placer. Ambos son los dos afectos fundamentales. ¿Y la alegría? Es un placer del alma. ¿Y la tristeza? Un sufrimiento del alma. ¿El deseo? La polarización que se produce en nosotros por la oposición real o imaginaria del placer y el dolor. De ahí se deriva el principio de placer, como lo llama Freud, que es la gran ley de nuestra vida afectiva.

«Por afecto (*affectum*) —escribe Spinoza— entiendo las modificaciones del cuerpo (*corporis affectiones*), por las cuales aumenta o disminuye, es favorecida o perjudicada, la potencia de obrar de ese mismo cuerpo, y entiendo, al mismo tiempo, las ideas de esas afecciones» (*Ética*, III, def. 3). La existencia no es un absoluto: se existe *más o menos*, y en eso consisten nuestros afectos, y el límite de lo que podemos. El alma y el cuerpo son una sola y misma cosa: nada sucede en aquélla que no le ocurra también a éste, y viceversa. El afecto es el nombre

de esta unidad, en tanto que expresa un aumento o una disminución de nuestra potencia de existir y de obrar. Es el esfuerzo por vivir (el *conatus*), considerado en sus fluctuaciones positivas o negativas. Nuestros afectos son con frecuencia pasiones (cuando esas fluctuaciones no dependen de nosotros, o sólo dependen parcialmente) y, a veces, acciones (cuando somos su causa adecuada: *Ética*, III, def. 2). Toda alegría es buena, pero no todas las alegrías son equivalentes.

Afirmar Consiste en decir lo que se cree, o se sabe, o se pretende verdadero. También consiste en asumirlo, aprobarlo y alegrarse de ello. Así, el *amor fati*, en Nietzsche: «La afirmación dionisiaca del universo tal cual es, sin posibilidad de sustracción, de excepción o de elección». Es la aceptación plena, con algo más y, quizá, de más: como un *sí* más decidido o más entusiasta hacia lo real. Por ejemplo, Zaratustra, quien «dice *sí* y *Amén* de una manera inmensa e ilimitada», quien se toma a sí mismo por «la eterna afirmación de todas las cosas»... Lo real se le ha subido a la cabeza.

¿Cuál es la expresión más afirmativa de la historia de la filosofía? La siguiente, que pertenece a Spinoza: «Por realidad entiendo lo mismo que por perfección».

A veces, al escuchar a Mozart, casi he llegado a entenderlo. Y con mayor frecuencia, al escuchar a Schubert, a no poder siquiera intentarlo.

Decir *sí* es necesario. Decir *Amén* es exigirnos demasiado.

Agapè Es el nombre cristiano, derivado del griego, del amor de caridad (*véanse* estos vocablos). Es el amor que da, sin tener por eso necesidad de recibir, de ser amado, ni siquiera de esperar. El puro amor: el amor en estado puro. No se funda en el valor de su objeto (al contrario de *Eros*), pero se lo da: no ama lo que es amable, sino que vuelve amable lo que ama. No se funda en la alegría del sujeto (al contrario de *Philia*), sino que le produce alegría: no ama porque sea alegre, sino que es alegre porque ama. Por eso mismo es universal y desinteresado: liberado del *ego* y del egoísmo. Sería el amor de Dios, si existiera (o *Théos agapè estin*, se lee en san Juan: «Dios es amor»), y lo que se le parecería más, si no existiera. Es dudoso que seamos capaces de amar de esa manera; pero, aun cuando no fuera más que un sueño o un ideal, señala hacia qué debemos tender, que es el amor sin medida, como decía san Agustín, sin apego, como decía Pascal, y en definitiva, sin pertenencia, como dice Bobin, y casi sin sujeto: es el amor desprendido de sí mismo y de todo.

Agnosticismo No sabemos si Dios existe, ni podemos saberlo. Esta ignorancia es la justificación tanto de la fe como del ateísmo, que son dos creencias. También es la justificación del agnosticismo, que se niega a creer en lo que ignora. Posición respetable, evidentemente, y que parece sensata. ¿Por qué habría de ser necesario elegir sin conocer? Puede suceder, sin embargo, que la apariencia sea engañosa. Si se conociera, el problema de la elección ya no se plantearía. ¿Y quién puede vivir sin creencias?

Agnostos, en griego, es lo desconocido o lo incognoscible. Ser agnóstico es tomarse este desconocimiento en serio y negarse a desprenderse de él: consiste en reconocer o afirmar que no se sabe. El término, que sería susceptible de una extensión más amplia, sólo se utiliza cuando se trata de asuntos religiosos. Dios es lo incognoscible absoluto, del mismo modo que la muerte es lo incognoscible último. El agnóstico no toma partido ni a propósito de ésta ni a propósito de aquél. Deja la cuestión abierta. La muerte puede cerrar la puerta o encender la luz.

La debilidad de la noción reside en su evidencia: su límite consiste en no tenerlo. Puesto que nadie sabe si Dios existe, todos deberíamos ser agnósticos. Pero esta confesión de ignorancia dejaría entonces de ser una posición particular para convertirse en una característica general de la condición humana. ¿Qué quedaría entonces del agnosticismo? Lo que equivale a decir que sólo existe por contraposición: ser agnóstico es menos el reconocimiento de que no se sabe (muchos ateos y creyentes lo reconocen igualmente) que la voluntad de mantenerse en esa ignorancia. Que esta posición sea más justa que las otras es lo que ningún saber puede garantizar. Por lo cual, hay que creer en ella, y ése es el motivo por el que el propio agnosticismo es también una especie de fe, pero únicamente negativa: consiste en creer que no se cree.

Agonía *Agonia*, en griego, es la angustia. Pero *Agon* es el combate. La agonía es el último: el último combate perdido del vivir. De donde la angustia, que nos embarga a casi todos. Y la aceptación, propia de los más sabios. En esto, la única victoria es la paz. Felices quienes la hayan conocido en vida. ¿Luchar hasta el final? ¿Para qué, si es para morir en estado de guerra? Más vale abandonar la vida, cuando ella nos abandona, con calma y dignidad. Gracias, amigos médicos, por ayudarnos cuando llega el momento.

Agora Es la plaza pública, en Grecia y especialmente en Atenas: ahí es donde Sócrates filosofaba. Pero también era, ante todo, el centro de la vida social y política. Por eso el término acabó convirtiéndose, en la mayoría de las lenguas modernas, en el símbolo del debate democrático. Así, un colega, durante un coloquio, me reprochó el haber «desertado del *agora*» (porque yo volvía sobre el viejo tema de la sabiduría, en lugar de participar en las polémicas de la actualidad). Ese mismo colega me reprocharía, algunos segundos más tarde, el ser «un intelectual mediático», porque me había visto en la televisión... ¿Qué otra cosa podría contestarle, sino que los medios de comunicación forman, en la actualidad, parte del *agora*, y que no existe ninguna contradicción entre aspirar a la sabiduría, como filósofo, y a la justicia, como ciudadano? Sócrates, quien filosofaba en la plaza pública, nunca confundió el pensamiento con la papeleta del voto...

Agradable La historia es conocida. Un loco se propina fuertes martillazos en la cabeza. Al preguntarle la razón de lo que hace, responde: «¡Se siente uno tan bien cuando para!».

¿Qué es lo agradable? Todo lo que causa placer o bienestar. La causa puede ser positiva o negativa, aportar un goce o disminuir un sufrimiento, pero el efecto no es, sin embargo, menos agradable. Por ejemplo, quitarse los zapatos cuando se tienen doloridos los pies, sumergirse en un baño de agua caliente, dejarse dar masajes o acariciar... «Es agradable —escribe Kant— lo que place a los sentidos en la sensación.» Pero lo que place al espíritu no lo es menos. Por ejemplo, el humor o el amor. Así, todo lo que place es agradable, y esta tautología sirve como definición: lo agradable es lo que nos place o nos agrada por lo menos en algún aspecto. Noción por naturaleza relativa, pero sin la cual ninguna relación podría satisfacernos completamente. ¡Triste amistad la que se da sin placer!

Lo agradable no es el bien (un placer puede ser culpable y un sufrimiento puede ser meritorio), pero es *un* bien. El primero, sin duda, y el principio de todos. Si la felicidad no fuera agradable, ¿para qué la felicidad? ¿Y de qué valdría una virtud que no fuera agradable para nadie? Deja de darte golpes en la cabeza.

Agresividad Es una disposición a la violencia, física o verbal, con una inclinación a atacar primero. Es, al mismo tiempo, una fuerza y una debilidad: la fuerza de los débiles. Creen que la mejor defensa es el ataque. Tienen razón. Pero ¿por qué tienen tanta necesidad de defenderse?

Aislamiento Es la ausencia de relaciones con el otro. No hay que confundirlo con la soledad, que es una relación —a la vez singular e inalienable— consigo mismo y con todo.

Albures Son causas sin razón, sin finalidad y sin relación: causas sin propósito. Por eso son imprevisibles y, con frecuencia, enojosas. Lo real no tiene nada que hacer con nuestros deseos: eso es lo que los albures nos recuerdan. Son los granitos de arena de lo desconocido. La palabra latina (*alea*) designaba a los *dados* con los que se juega al azar. El peligro consiste en suponerlos una fatalidad o una providencia. Los dados no juegan a ser Dios.

Aleatorio Es todo aquello que tiene que ver con el azar, los encuentros y lo imprevisible: con los albures. No debe confundirse ni con lo indeterminado ni con lo inexplicable. No hay nada más determinado que un dado que rueda, ni nada más aleatorio que el resultado que producirá. ¿Nada? Sí, no obstante: la combinación a que darán lugar los dos dados que ruedan, o tres, o cuatro... Lo aleatorio se calcula (las probabilidades). Lo aleatorio se explica (la meteorología). Pero no puede preverse o se prevé mal. Es necesario, por tanto, tenerlo en cuenta sin conocerlo: de ahí una virtud, que es la prudencia, y un peligro, que es la superstición. Más vale velar por lo que depende de nosotros, que pretender adivinar o influir en lo que no depende. ¿Una cosa impide la otra? Sin duda. Pero tampoco la reemplaza. La proporción entre las dos varía en fun-

ción tanto de los individuos como de las situaciones (según que dependan *más o menos* de nosotros). Por eso los jugadores son supersticiosos, casi siempre. Y los hombres de acción, prudentes.

Hay grados en lo aleatorio. El tiempo que va a hacer mañana es menos aleatorio que el que hará dentro de diez días (puede suceder, en ciertas condiciones climáticas, que casi no lo sea), y el bridge, menos aleatorio que la ruleta. Pero lo aleatorio, en todos los casos, sólo se refiere al futuro. Desde el momento en que la bola se detiene, el resultado deja de ser aleatorio, o no lo es más que retrospectivamente. El tiempo que va a hacer es aleatorio, pero el tiempo que hace no lo es. Un paraguas, en cualquier caso, es más útil que un talismán. Pero de nada sirve abrirlo cuando hace buen tiempo.

Alegoría Consiste en expresar una idea por medio de una imagen o un relato: es lo contrario de la abstracción, como una especie de pensamiento figurativo. La alegoría, desde un punto de vista filosófico, jamás prueba nada. Y apenas las de Platón se salvan de ser sencillamente ridículas.

Alegría Es uno de los afectos fundamentales y, por eso, es imposible definirla de un modo absoluto. Si alguien no la ha experimentado nunca, ¿cómo podríamos hacerle comprender en qué consiste? Pero todos la hemos experimentado alguna vez. La alegría brota cuando se satisface un deseo intenso (la alegría del bachiller el día de entrega de las notas), cuando se evita una desdicha (la alegría de quien se ha recuperado de una enfermedad, o del convaleciente), cuando nos invade la felicidad, o parece hacerlo (la alegría del enamorado cuando se sabe amado)... Goce, pero espiritual o espiritualizado (re-gocijo). Es el elemento de la felicidad, a la vez mínimo (en el tiempo) y máximo (en intensidad). Sin embargo, es un elemento singular: no se puede imaginar la felicidad sin ella (al menos sin su posibilidad), pero la alegría puede existir sin la felicidad. Es como una satisfacción momentánea de todo el ser: un asentimiento a uno mismo y al mundo. Epicuro diría: placer en movimiento del alma; y Spinoza: aumento de potencia (*paso* a una perfección superior). De hecho, existe en la alegría una movilidad específica, que constituye su fuerza al mismo tiempo que su debilidad. Algo en ella —o en nosotros— le impide durar. De ahí el deseo de beatitud (deseo de eternidad) y el sueño de la felicidad (cuyo único contenido psicológico observable quizá sea la alegría). La alegría es así nuestra guía y nuestra regla: para el alma, su lucero del alba. Es el origen, para nosotros, de la idea de salvación. «La alegría —escribe Spinoza— es el paso del hombre de una menor a una mayor perfección» (*Ética*, III, def. 2 de los afectos; véase también el escolio de la prop. 11). Como la perfección misma no es otra cosa que la realidad, eso significa que la alegría es el paso a una realidad superior, o, mejor, a un grado superior de realidad. Regocijarse es existir más: la alegría es el sentimiento que acompaña en nosotros a una expansión, o a una intensificación, de nuestra potencia de existir y de obrar. Es el placer —en movimiento y en acto— de existir más y mejor.